

# DOS PREMIOS PARA UNA LITERATURA

por Angel Rama

El "Prix International des Ecrivains" que recompensa con diez mil dólares a una novela publicada en los últimos años, acaba de ser dividido entre el argentino Jorge Luis Borges y el irlandés Samuel Beckett. Conjuntamente se ha concedido el "Prix Formentor" que recompensa con la misma cantidad a una novela inédita, el que recayó en Tormenta de verano de Juan García Hortelano, quien ya había obtenido en 1959 el premio Biblioteca Breve con su novela Nuevas amistades.

Estos premios tan bien dotados son el comienzo de una vasta empresa de co-producción literaria que incluye a Einaudi (Italia), Gallimard (Francia), Grove Press (Estados Unidos), Rowohlt Verlag (Alemania), Weidenfeld and Nicolson (Inglaterra) y Seix Barral (España) que ha sido el inspirador. Reunidos en el balneario mallorquino de Formentor, los comités nacionales deliberaron durante cinco días y el 19 de mayo dieron su fallo, considerando la producción en las cinco lenguas que ellos representan —inglés, francés, alemán, italiano, español— tanto en materia de éditores como de textos inéditos. Durante las deliberaciones, que fueron públicas, y que se hicieron por nacionalidades, los nombres que llamaron menos la atención fueron justamente los de los definitivamente premiados. Así los alemanes presentaron la candidatura de Max Frisch, los americanos la de Saul Bellow, los ingleses a Henry Green y William Golding, los franceses a Michel Leiris, los italianos a Carlos Emilio Gadda y los españoles a Miguel Delibes y Ana María Matute "a los que otras delegaciones, extranjeras—dice el informe editorial—sumaron las de Juan Goytisolo y los escritores hispanoamericanos J. L. Borges y Alejo Carpentier".

Sin embargo en la reunión definitiva son Borges y Beckett —apenas mencionado entre los franceses e ignorado por los ingleses— quienes establecen un empate que se mantiene durante cinco notaciones y que obliga a la división del premio. El comunicado editorial es bastante pintoresco, repelador del desconocimiento español de ambos autores, ya que se dice en el estilo solapado: "Samuel Beckett y Jorge Luis Borges, ganadores del Internacional, son dos figuras relevantes en la literatura universal, el primero —irlandés de origen aunque francés de adopción— muy conocido por sus obras teatrales y, el segundo, mejicano, autor de una producción literaria de prodigiosa imaginación" Beckett recibe el premio por su tetralogía novelesca, que integran Molloy, Malone meurt, L'Innomable y su reciente Comment c'est; Borges por el conjunto de sus relatos y particularmente por Ficciones (que a partir de 1937 ha ingresado al francés y al alemán).

El premio distingue a dos autores que aproximándose a los sesenta años no han alcanzado todavía una plena fama internacional: Borges que ha iniciado su creación en 1923 (con Fervor de Buenos Aires) ha luchado contra el doble ostracismo de la lengua española y de la nacionalidad americana; Beckett, algo menor ya que nace en 1906, publica en francés su primer libro importante, Murphy, en 1937, pero sus creaciones mayores comienzan después de 1945 al terminar la guerra, cuando él mismo se decide a traducir al francés sus novelas y las ediciones De Minuit se atreven con textos inencontrables; son

justamente los libros que hoy le han ganado este premio.

Si el jurado no ha podido ponerse de acuerdo respecto a un novelista y a una novela, al votar por Borges y Beckett se ha puesto tácitamente de acuerdo sobre una literatura y ha distinguido, a un lado y otro del Atlántico, un mismo espíritu y una misma actitud en dos creadores muy distintos. Porque en definitiva, ambos son el producto de la vanguardia europea de la primera post guerra en dos instancias sucesivas y, si se quiere, agrandada. La posición experimental, individualista, el psicologismo y su superación del realismo, la destrucción del realismo, la potenciación y hasta el delirio imaginativo, la ruptura de la otredad posible y el centramiento en la soledad esencial, que sirvieron de base a ese conjunto de obras que ocupan la tercera década, con creadores de la magnitud de Joyce, el último Proust, Kafka, Musil, son también las fuentes, más enriqueci-



das, más enardecidas, de que se nutre la literatura borginiana.

En él se agrega, como buen hijo de la tierra americana —porque a ella pertenece legítimamente en una de sus líneas tradicionales donde está de Sor Juana a Rubén Darío— el ingrediente esteticista que en Europa ensalzaron algunos vanguardistas menores, Valéry por ejemplo, hijo del simbolismo. "Vida y muerte le han faltado a mi vida" "Yo soy Borges" "Yo he de quedar en Borges no en mí (si es que alguien soy)" van marcando este camino tenaz, básicamente honesto y fiel del que han salido obras que autentifican un destino solitario. Una relectura actual de Ficciones parece situarlas en un tiempo muy anterior al de su publicación —es ese tiempo cruel que Borges ha intentado refutar y que sigue corriendo— y las consagra como un producto menor, singular, marginal y auténtico, como admirables frustreras.

Es la experiencia de la soledad, del extravío, del anquilamiento del tiempo, las que permiten asociarlo con Beckett, aunque en este nada queda de la preocupación esteticista; no es el arte el que centra la aspiración creadora, sino un mundo disgregado cuyo inmovilismo es pintado con una fijación obsesiva hasta lo exasperante. Un mundo que muere como Malone, que se descompone en detritus como los personajes de Fin de partie, que quiere evocar su juventud perdida como en La dernière bande y ya no se reconoce ni entiende el significado de las palabras de antes.



SAMUEL BECKETT

Porque Samuel Beckett ocupa una nueva situación en el vanguardismo y pertenece a una promoción reciente, un renacer que ha desconcertado a la crítica. Es irlandés, nacido en Dublín en 1906, educado desde los 22 años en París, en la Ecole Normale donde ha de ser compañero de los "petits camarades" Jean Paul Sartre, Paul Nizan, Beaufré, Alfred Peron, preparándose como especialista en literatura francesa. En París se instalará desde 1934 y terminará escribiendo sus obras directamente en francés. Ni siquiera el éxito de En attendant Godot (que Geneviève Serraveu estrena en 1952 con Roger Blin y Jean Martin) le hará salir de su silencio: "El autor nunca es interesante" declara para ahorrarse interrogatorios periodísticos, y continúa escribiendo obras que sólo interesan a una pequeña élite internacional, o piezas teatrales que nadie quiere llevar a la escena, como Fin de partie (1957) donde los personajes son un parafísico en un sillón de ruedas y dos ancianos metidos dentro de tachos de basura, balbuceando silenciosamente, sin poder saber ni siquiera lo que ellos mismos quieren, si es que son capaces de querer nada.

La literatura mundial se orientó desde la crisis de 1929 hacia el realismo crítico —la escuela norteamericana, los escritores de la lucha contra el fascismo— y en ese mismo estilo el mundo contempló después de la guerra la irrupción de los "escritores comprometidos" con Sartre y Camus al frente. Pero cuando Francois Ereal debe establecer un panorama de la década del 50 ya concluida, observa la irrupción de un grupo de escritores enteramente desinteresados de la política, de los problemas sociales, o religiosos, que se dedican a experimentar las formas, a representar simbólicamente un mundo fracturado. Citando a Nathalie Sarraute, Robbe-Grillet Adamov (el anterior a Paolo Paoli, claro está), Samuel Beckett y Eugenio Ionesco (quién también el anterior a El inoceronte), observa errot que estan "más cerca de Joyce, Kafka, Virginia Woolf o de los expresionistas alemanes" que de Sartre o Camus, quienes en algunos casos son sus iguales en edad y en experiencias históricas. Asimismo podría citarse en su apoyo el nombre de William Golding, o de Lawrence Durrell en Inglaterra, y, estableciendo un pacto más sutil de estas corrientes discordantes, entre los alemanes a Max Frisch y a Friedrich Dürrenmatt, sin contar a Uwe Johnson y Gunther Grass.

"El tiempo debe detenerse", reza un título de Huxley que ahora recordamos con motivo de este doble premio; ya sea para permanecer eternamente en una biblioteca laberíntica e indescifrable, ya sea, con un sentido mucho más hondo y dramático, para concluir una lenta descomposición irremediable. "Morir habermos" rezaba por su parte el monje y esta época tan llena de contrarios signos pero que también es capaz de celebrar —todo sea Dios— otros mensajes de energía esperanza y de confianza.